

Por: Patito (2° ciclo ESO)

Botas embarradas

Guillermo

Por fin saqué un poco de tiempo para mí mismo, estuve estirando el sueño tanto como pude por que el viaje me había dejado fatigado y me temo que me corrió más prisa dormir que escribir a mi chica, a mi Amélie, y me avergüenzo de ello honestamente. Supongo que puedo culparle al cansancio y a que soy un desastre andante. Cogí bolígrafo y cogí papel y me puse a escribir frenéticamente, porque echo muchísimo de menos estar con ella y echo de menos mi hogar.

Querida Amélie,

No sabes cuánto te echo de menos, pienso en ti al acostarme y al despertar. Siento tanto no haber podido escribirte hasta ahora. Hace unos días que llegamos, estoy en un lugar precioso, es un valle, entre unas montañas altísimas y nevadas, se respira el aire más puro y fresco que puedas imaginar. Todo el valle lo cubre un precioso manto de flores silvestres, las hay amarillas, no tengo claro cómo se llaman, hay también amapolas y luego hay otras, moradas, que parecen campanillas, como los gorros de ese cuento de hadas que le lees a mi hermana, me recuerdan tanto a ti, son delicadas y dulces y verlas hace que sienta una felicidad muy tonta. Sin embargo, cuando pasamos por encima con las botas embarradas algunas quedan destruidas. Es un desperdicio. Pero ojalá poder enviarte una foto del valle, lo adorarías.

Ahora mismo estoy bien, tampoco debes preocuparte por mí, no querría que fueras desdichada en mi ausencia, ni que siguieras enfadada conmigo. Agradezco que no revelases que no tengo la edad suficiente para combatir, aunque sólo sea por un año. Creo que debo hacer todo lo que sea por mi país y espero que entiendas como me

siento. Pero mira, tengo un presentimiento de que esto acabará pronto, lo noto en los pelos de la nuca.

Aunque sabes, sí que hay otra cosa que ocupa mi cabeza a parte de ti, son las estrellas, desde aquí no se ven como en la ciudad, parecen muchísimas más e iluminan el cielo tantísimo como cuando hay luna llena. Todavía hay mucho que quiero aprender sobre ellas y por ello espero con impaciencia la universidad. De verdad, creo que es mi verdadera vocación, se siente tan bien saber a qué te quieres dedicar.

Y bueno, poco más que contar, aunque parece que ya es bastante, sabes que me enrolló como las persianas.

Te quiere,

Guillermo

P.D.: Se me olvida lo más importante, dale muchos besos y abrazos de mi parte a mi hermana Sofía, dile que estoy bien, que la echo muchísimo de menos y que es mi mundo entero.

Envié la carta y aguardé con impaciencia su respuesta.

Días después me encontraba detrás de un muro, arma en mano. Es lo que tienen las guerras. Se escuchaban disparos, pero parecían más lejanos de lo que en realidad eran. Estaba temblando. Cargué el arma como me habían enseñado y noté que algo se acercaba. Me preparé para lo peor. Se me hizo un nudo en la garganta, la tensión me tenía paralizado, respiré hondo y me asomé a ver que era eso que se escuchaba. Un hombre, de unos cuarenta años, del bando contrario, sujetaba bien su arma, en guardia. La alzó. Creí que me iba a disparar, hizo amago de ello, pero bajó el arma.

- ¿Cómo te llamas? – Me preguntó. No entendía nada y, aun así, le respondí, como le habría respondido a cualquier persona en otro contexto.
- Guillermo.

Calló al suelo abatido. Esa pregunta fueron sus últimas palabras. Yo tenía preguntas también. La situación me pudo. El nudo de mi garganta se deshizo con un desconsolado sollozo que pronto pasó a ser llanto, estaba muy confundido, pero ver el charco de sangre que se empezaba a formar a su alrededor crecer me daba náuseas así que me di la vuelta, y me escondí.

Esteban

‘Aquí estoy de nuevo, agarrado a la esperanza de que me maten. Que por qué no me suicido. Buena pregunta. Porque tampoco merece la pena, al menos hagamos que parezca que hice algo en la vida.

En el fondo sé que es porque odio la idea de suicidarme, nadie se preguntaría por qué lo hice, nadie me lloraría, pero si muero en la guerra, alguien me llorará, la gente suele llorar a todas las víctimas, aunque sólo sea un “1” en una suma de miles, al menos alguien me lloraría, indirectamente. “Han muerto hoy en el frente de no sé dónde 974 hombres” por ejemplo, y uno de esos novecientos setenta y cuatro hombres seré yo, y aunque sólo sea una unidad y nadie conozca mi nombre me reconforta pensar que alguna señora mayor rezará un Padre Nuestro por todos. Aunque en la guerra muchos nos hemos saltado el quinto mandamiento de la ley de Dios al menos una vez y no sé si Él nos cobijaría a su lado a pesar de eso.

Soy lo suficientemente cobarde como para no pegarme un tiro yo mismo porque en el fondo, podría haber la remota posibilidad de que me perdonaran, pero cómo, no me digné ni de preguntarme cómo se llamaba el niño, no sé quién es su familia, seguro que le echan

de menos. Por eso espero que me maten, para redimirme. Lo irónico es que desde que decidí que si debía morir lo haría en el campo de batalla he matado a otros dos hombres, tampoco les pregunté cómo se llamaban.

A veces quiero volver a casa y me imagino que allí me espera alguien. Pero mi casa está vacía. Entonces pienso en comprarme un perro, al menos movería la cola al verme llegar, pero moriría de hambre, llevo sin pisar esa casa seis meses. ´

Cantó un pájaro, y me sacó del trance. Se oyeron disparos y pronto nada sobre lo que había reflexionado era importante. El arma se sentía más pesada que nunca, pero no tenía nada que perder. Lo vi, servido en bandeja, desde el altillo él no me veía. Mis nervios, mis dudas sobre mí mismo me hicieron perder algo de tiempo. Un chico, de los nuestros, de apariencia joven apareció de detrás de un muro de repente. El hombre apuntó hacia él. No iba a permitir que muriera, ese chico sí tenía la oportunidad de vivir, no podía permitir que lo matasen como yo maté a aquel niño. Espera. No acababa de entender que sucedía, parecían hablar, pero desde luego no les di margen a que se explayasen demasiado por que enseguida, apreté el gatillo y, como siempre, aquel hombre se desplomó en el suelo.

Luis

Yo y mi compañero Nicolás caminábamos con el resto a paso ligero. Atravesábamos un campo de lo que en algún momento fueron flores, ahora lo que antes era verde se teñía de un triste color gris oscuro. Todavía no es temporada de incendios.

– Qué horror. – Comentó.

Nicolás es un chico alto, más alto que yo, pero con unos veinticinco años menos, es robusto, impone, sin embargo, es muy educado y amable. Me recuerda un poco a mí cuando era joven. Siempre me acompaña, a mí me resulta muy agradable hablar con él así que no me quejo.

- Desde luego, la guerra es odiosa, pero necesaria.
- ¿Necesaria? – Lo preguntó como si le hubiera hecho gracia.

Me resultó una pregunta algo impertinente. Por supuesto que necesaria, este conflicto no tiene otra solución y estoy orgulloso de colaborar con que mi bando no sea el perdedor, sobre todo, porque si perdiéramos, ¿qué sería de mis hijos y de mi mujer?

- Bueno, al menos estoy protegiendo a mi familia.
- Supongo. –Dijo con un cierto tono de decepción, como si mi respuesta le hubiera resultado insatisfactoria.

Es momentos como estos en los que se nota lo joven que es y que no tiene hijos. No se sabe cuánto puedes llegar a amarlos y todo lo que harías por ellos hasta que los tienes.

Queriendo evitar entrar en un debate, cambió de tema.

- Y, ¿qué tal están? – Me preguntó –. Tu esposa y tus hijos, digo.
- Oh, están bien aparentemente. Este es el primer año de escuela de los pequeños, lo cual le supone un cierto alivio a su madre, trabaja muchísimo. Mi hijo mayor, Marcos, él quería venir, pero no tiene la edad suficiente, y aunque la hubiera tenido, jamás se lo habría permitido. – Nicolás asintió, empatizando con mi postura –. Además, tiene que ayudar a Gabriela, mi esposa, ella es muy fuerte, pero no podría con tanto. El chico está asumiendo gran parte de mis tareas, lo está haciendo muy bien. No podría estar más orgulloso de él. Aunque espero que esta dichosa guerra no afecte a sus estudios en el conservatorio.
- ¿En el conservatorio? ¿Toca algún instrumento?
- Sí, toca el contrabajo, a mí me maravilla cómo lo hace, quiere formar parte de alguna orquesta importante algún día. Es genial ver como poco a poco va logrando su sueño, se esfuerza muchísimo, ¿sabes? Es de los mejores de su promoción, consiguió que

le becasen. Tiene una fuerza de voluntad admirable, llegará alto algún día, más que yo, si este mundo se lo permite.

– Esperemos que sí.

Un rato más tarde nos tuvimos que separar, el ambiente ya no era el mismo, ya no estábamos en un campo prácticamente desértico, ahora debíamos de llevar el arma cargada y estar atentos. Caminé por aquel pueblo medio derruido, se me encogía el estómago al verlo, y pensar que esto era cosa de los nuestros.

De detrás de un muro salió, sin previo aviso, un soldado del bando contrario, alcé el arma rápidamente, dispuesto a disparar y casi lo hago. Casi. En seguida me di cuenta de que tan sólo era un chavalín. Tenía una mirada de decisión como las que había visto en Marcos. Sin embargo, había una diferencia, tenía miedo. Detrás de toda esa valentía que intentaba aparentar, él temblaba. No podía dispararle, y el tampoco parecía capaz de dispararme a mí. Supe que ese chico tenía sueños y aspiraciones y gente que le esperaba en casa con la misma impaciencia con la que esperaría yo a mi hijo.

La absoluta empatía que sentí por él hizo que quisiera conocerle, saber su nombre, saber quién era y qué hacía aquí un chico de su edad.

– ¿Cómo te llamas? – Le pregunté.

– Guillermo. – Me respondió.

‘Guillermo, bonito nombre’ pensé.

Noté entonces un golpe, me caí al suelo y me llevé la mano al pecho. Vi mi mano manchada de sangre y sabía lo que eso significaba. No me había disparado ese chico. Iba a morir, y el poco tiempo que me quedaba se lo dediqué a mi familia. No me daba miedo la muerte sino no ver crecer a Marcos, a Lucía ni a Francisco, pero me alivió pensar que matar a ese chico no fue lo último que hice en esta vida.